

LA DERIVA REACCIONARIA  
DE LA IZQUIERDA



FÉLIX OVEJERO

LA DERIVA REACCIONARIA  
DE LA IZQUIERDA

PÁGINA INDÓMITA

© Félix Ovejero, 2018  
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.  
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona  
[www.paginaindomita.com](http://www.paginaindomita.com)

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو  
Ilustración de cubierta: Banksy, *Trolley Hunters (rearranged)*  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls  
Primera edición: octubre de 2018

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-948167-4-1  
Depósito legal: C-1607-2018

*Para Rocío, con nostalgia de futuro*



Obrar es fácil, pensar es difícil; pero obrar  
según se piensa es aún más difícil.

GOETHE

El miedo a la verdad conduce al autoengaño.

ERNST TOLLER





# ÍNDICE

PREFACIO	15
INTRODUCCIÓN. UNA IZQUIERDA CONTRA LA RAZÓN POLÍTICA	19
La mirada adolescente	24
La izquierda reaccionaria	36
Los territorios de la izquierda racional	55
Los ámbitos de la razón política	61
PRIMERA PARTE. PASADO (RECIENTE) Y PRINCIPIOS	77
1. El socialismo como lucha por la democracia	79
El escenario y las circunstancias	81
El nacimiento de la izquierda	85
La consolidación	88
La decadencia	92
El liberalismo, el desorden y la democracia	96
Repaches, contrafácticos y circunstancias	102
2. La izquierda posmoderna	111
La ruptura con la tradición	114

El racismo como ejemplo	116
La frágil eficacia del prejuicio	121
3. Ética e ideología socialista (en Marx)	125
La identidad socialista	126
Paradojas de la revolución	133
¿Principios de justicia?	135
La teoría social contra la ética	140
La metafísica de la buena sociedad	148
SEGUNDA PARTE. PROPUESTAS Y BALANCES	155
4. Propuestas de izquierda en tiempo de tribulaciones	157
El largo camino de la igualdad	159
La igualdad conservadora	160
Las complicaciones de la igualdad	164
Los proyectos socialistas	166
Los límites de la redistribución	169
La prioridad de la ciudadanía	171
De la distribución a la libertad	174
Un patrimonio común: la libertad (real) de todos	178
La renta básica: un instrumento	182
5. Razones sobre la igualdad y el socialismo	187
¿El fin de las ideologías, otra vez?	187
El capitalismo, sin complejos	192
Las variedades de la igualdad	205
El pesimismo lúcido	217
Un guion para el socialismo	229
6. El equívoco Estado del bienestar	241
El Estado del bienestar en la tradición de la izquierda	248
La respuesta socialdemócrata y las nuevas intervenciones	252

La estabilidad del EB	258
La globalización	264
Las derrotas políticas	267
Las condiciones de posibilidad del EB	269
Para acabar	275
TERCERA PARTE. DESVARÍOS	277
7. La fascinación nacionalista	279
El relato	280
La izquierda inconsistente	284
Algunas explicaciones	287
8. La izquierda y la religión	293
El misterio Tariq Ramadan	296
Contra la tribu	300
9. Religión y democracia deliberativa	309
¿Qué religión?	311
Rawls: la traducción de la religión	319
Habermas: la entrega de la razón	325
¿Qué religión queda?	331
Ratzinger y el pluralismo religioso	337
La coherencia antipluralista	343
Dos religiones	350
Una democracia compatible	353
La democracia incompatible	360
CONCLUSIÓN. SEÑALES DE UNA CRISIS	363



## PREFACIO

La izquierda anda mal. Pero muy mal. Y desde hace bastante tiempo. Mi particular epifanía tuvo lugar en 1991, durante una estancia de un año en la Universidad de Chicago. Sucedió en septiembre, cuando seguía por televisión el examen al que una comisión del Senado sometía al juez Clarence Thomas, candidato de George Bush a la Corte Suprema. Thomas había sido acusado de acoso sexual por una abogada, Anita Hill, activista afroamericana, negra como el propio Thomas. La calidad intelectual del debate me impresionó. Las apreciaciones sobre sexismo y racismo resultaban de enorme altura. Las comparencias eran seguidas con suma atención por la comunidad académica. Todo eso sucedía en Hyde Park, el campus universitario enclavado en mitad del barrio negro, uno de los más pobres y miserables de Estados Unidos, un paisaje devastado, como de posguerra, en el que había numerosos edificios calcinados con ventanas rotas y cañerías destripadas. Protegidos de nuestros vecinos por el cuerpo privado de policía de la universidad, el segundo en número de Illinois, después del de la propia ciudad de Chicago, vivíamos en una burbuja. Sin duda, estábamos ante dos mundos. La misma sociedad cuyas élites eran exquisitamente sensibles a la menor señal de violación de derechos convivía con naturalidad con un desprecio cotidiano a los derechos más fundamentales, un desprecio que violentaba la sensibilidad más elemental.

El contraste, sin embargo, parecía pasar desapercibido entre los habitantes de la burbuja. Ciertamente es que yo, como cualquier turista accidental, tenía particularmente agudizados los sentidos. Quien está de paso no ha tenido tiempo de sedimentar y naturalizar comportamientos que son simples hábitos para los naturales. Pero lo cierto es que algo no cuadraba. No era lo único. Las discusiones universitarias en torno a la comparecencia del juez resultaban casi ininteligibles. No era solo un problema de mi precario inglés. Parecían filtradas por una lente distorsionadora. Omitían lo evidente y se perdían en extravagancias. Una vez más me acordé de las palabras que Gil de Biedma utilizó para referirse a cierto tipo de académico: «Uno de esos seres cultos, sensibles y elaboradamente tontos. Tiene presbicia intelectual: no ve jamás lo obvio, solo lo remoto y traído por los pelos. Carece de sentido común». La distorsión tenía su explicación. Y es que en las miradas había un componente de fondo cuyo exacto peso yo no alcanzaba a calibrar en aquel momento: la corrección política. Conocía su existencia, pero no hasta qué punto señoreaba la vida intelectual. De hecho, recuerdo sentirme perdido en muchas discusiones ante la aparición del acrónimo PC (*political correctness*), el cual era de uso generalizado en el campus pero, para mí, se limitaba al mundo de los ordenadores.

Las discusiones, si se las podía llamar así, cargadas de prejuicios, gastaban una faramalla que no me resultaba extraña por mis lecturas afrancesadas de juventud, pero que jamás había imaginado que pudiera prender en aquellas latitudes académicas tradicionalmente acostumbradas a tasar el sentido de las palabras. Cuando digo «el campus» no me refiero a los solventes departamentos de Teoría Social. Estos ni parecían enterarse de lo que se cocía. Recuerdo que por aquellos días asomó por allí el filósofo francés Jacques Derrida, padre intelectual de la locura posmoderna y uno de los mayores productores de farfolla filosófica de las últimas décadas. En los departamentos de Filosofía o Teoría Social, en particular en el Center for Ethics, Rationality and Society al cual

yo estaba adscrito, y donde coincidían excepcionales cabezas (Russell Hardin, Jon Elster, Adam Przeworski, Cass Sunstein y Bernard Manin, entre otros) se lo tomaban a pitorreo. Pero Derrida, con su fatigosa cháchara, vacua en sus momentos más brillantes, cuando resulta inteligible, llenó durante varios días consecutivos.

Sí, definitivamente, aquello era una burbuja. En un limitado espacio coincidían las desigualdades sociales más brutales y las reflexiones pretendidamente revolucionarias, las cuales carecían no ya del menor afán de verdad, sino simplemente del más elemental principio de realidad y, sin embargo, marcaban la pauta y el tono de la academia, ante la indiferencia y la irresponsabilidad de los investigadores serios. Aquello pintaba mal. Si la izquierda seguía por esa senda, no era difícil anticipar lo que podía llegar a suceder, lo que finalmente ha sucedido: la aparición de un nuevo oscurantismo revestido de progresismo, que sustituye los argumentos por la intimidación. Y la previsible reacción. Para que vean que no recreo retrospectivamente la historia, me permito la autocita de un texto escrito por entonces y recogido en este libro:

No, la Norteamérica de Perot no acabó con Perot. [...] Siempre aparecerán políticos dispuestos a proporcionar carnaza demagógica y soltar las amarras reaccionarias de la clase media, cuyo antirracismo arranca más del conformismo que del convencimiento. Acaso las cosas no gusten pero están así. Las patologías de la hipocresía son imprevisibles. No hay fanático más cerril que aquel que descubre la pobreza de las razones que le impedían sentir lo que quería sentir. Encontrar que las perversiones contenidas son el camino de la salvación es el principio de la barbarie, y cuando la víscera reaccionaria deja de doler y se instala en la buena conciencia, lo peor empieza a suceder.

No creo que me equivocara mucho. Si acaso, a la baja. La izquierda ha ahondado ese camino. En este libro reúno

trabajos de procedencia y naturaleza muy diferentes, los cuales, de diversas maneras, describen y analizan tal evolución. He utilizado distintas calificaciones para referirme a esa «nueva» izquierda: «infantil», «reaccionaria» o «zombi». Cuando remato el libro con este prólogo, si tuviera que quedarme con una, no sin estremecimiento, hablaría de «izquierda antiilustrada».

He agrupado los textos en tres partes: en la primera se recogen aquellos que, en algún sentido, se ocupan de la historia reciente y de los principios que fundaron el socialismo; en la segunda, los que repasan algunas propuestas de renovación ideológica, y en la tercera, las críticas a esa reciente evolución de la izquierda que se concreta en simpatías directamente reaccionarias: por el nacionalismo y las religiones. El libro se cierra con un inventario de algunas hechuras y tendencias que muestran la vaciedad ideológica de tal evolución. Los capítulos van precedidos de una larga introducción que, aunque recoge parcialmente algún texto ya publicado, se ha escrito para este volumen y oficia como bastidor de la argumentación.

FÉLIX OVEJERO

*Barcelona, septiembre de 2018*



## INTRODUCCIÓN



## UNA IZQUIERDA CONTRA LA RAZÓN POLÍTICA

Empezó antes, sin duda. Pero si por orientarnos hay que fijar un hito, se puede datar con precisión de astrofísico: Mayo del 68. Entonces se remató —o adquirió perfil preciso o concreción simbólica— el desorden de la izquierda. En París, naturalmente, pues hay que reconocer el talento para la mercadotecnia intelectual y hasta para levantar parques temáticos de la sofisticación, o de la sofística, que en este caso la distinción no resulta tan clara. En aquellos días y, más aún, en su prolongado eco, adquirió hechuras un cuerpo de perspectivas y disposiciones —más que de ideas— que, andando el tiempo, proporcionarían mimbres a recurrentes intentos de «reconstruir la izquierda». Su expresión inicial más vistosa se puede resumir sin excesiva injusticia con una sencilla fórmula: la edad se convirtió en argumento. La juventud, por serlo, tenía razón. Se puso al mando y lo proclamó. Lo que aquellos jóvenes dijeron, solvente o no, quedó consagrado porque lo decían los jóvenes. Desde entonces, solo apuntalamiento, intentos de salvar ocurrencias circunstanciales. Lo normal en la vida de cada cual, recrear la identidad de los años de formación, pero ahora convertido —y eso era lo preocupante— en ecosistema de la vida de todos. A partir de ahí, en este tiempo —quizá por aquello de Ortega y las generaciones, de que los jóvenes de entonces, que ahora mandan o crean opinión, se han hecho mayores sin abandonar la mitología en la que se

formaron—, se ha convertido en doctrina la puerilidad condensada en las famosas consignas de aquellos días: «Sed realistas, exigid lo imposible», «No queremos un mundo donde la garantía de no morir de hambre es el tributo del riesgo de no morir de aburrimiento», «El aburrimiento es contrarrevolucionario», etc.

En aquellas inanidades se formarán los que vengan. Todo era posible y, cuando todo es posible, cuando no hay restricciones, no hay que establecer prioridades, no estamos obligados a pensar en qué es lo importante ni en cómo lo obtenemos. El mismo problema de un Dios desbordado por su omnipotencia: puesto que todo lo puede, no necesita de la razón práctica, no tiene que elegir ni entre objetivos ni entre procedimientos. Cuando no hay límites, la política se muda en pura expresión de deseos. Una sensibilidad que resultaría extraña, cuando no antipática, a cualquier socialista del diecinueve y hasta de buena parte del veinte. El abandono del compromiso con la racionalidad. Adolescencia en estado puro. La antipolítica.

La disposición ha encontrado un fermento propicio en unos sistemas democráticos que alientan el infantilismo de los ciudadanos, su miopía, cuando no su ceguera, ante los problemas colectivos. Las criaturas prefieren un caramelo hoy a un ciento mañana. Los adultos, a la hora de votar, poco más o menos: votan contra el impuesto de sucesiones porque les «roban» su patrimonio, descuidando que la propiedad del potentado también se incluye en la redistribución; se quejan de los extranjeros en unos ambulatorios que se sostendrán con el trabajo y los impuestos de esos extranjeros; prefieren exigir filtros lingüísticos a los docentes para limitar la competencia en una universidad prestigiosa que dejará de serlo por esos mismos filtros; reclaman proteger su industria obsoleta ante innovaciones que le permitirán ampliar sus mercados; demandan el mantenimiento de un sistema de pensiones y se oponen a la llegada de los jóvenes inmigrantes que lo harían posible. Un ejemplo entre mil: una amplia mayoría

de votantes (63%) se muestra de acuerdo con la afirmación de que debe cuidarse el medio ambiente sin que importe el costo, aunque solo el 11% apoyaría Kioto si el gasto mensual fuera de 100 dólares (o más) al mes por familia.<sup>1</sup> Lo resumió con su insuperable ironía Schumpeter:

El ciudadano típico desciende a un nivel inferior de rendimiento mental tan pronto como penetra en el campo de la política. Argumenta y analiza de un modo que él mismo calificaría de infantil si estuviese dentro de la esfera de sus intereses efectivos.<sup>2</sup>

El juego de la competencia política expulsa el realismo y alienta la fantasía. Se castiga a quienes recuerdan verdades amargas y se premia a quienes, sin precisar nada, prometen todo a todo el mundo, a sabiendas de que los votantes, en lo que atañe al pasado, tienen memoria de pez y, en lo que está por venir, sesgos cognitivos que los impermeabilizan frente a las malas noticias: quien avisa de una crisis pierde las elecciones.<sup>3</sup> Lo aclaró mejor que nadie Jean-Claude Juncker, ex primer ministro de Luxemburgo y más tarde presidente del Eurogrupo: «Sabemos exactamente lo que debemos hacer; lo que no sabemos es cómo salir reelegidos si lo hacemos».<sup>4</sup> Como nadie gana elecciones paseando malas noticias, las burbujas financieras se disimulan, el populismo señorea el patio, los desbarajustes ambientales se ahondan y las ficciones se ceban a diario. La democracia participa de lo que Nassim Taleb llama ingratitud hacia el héroe silencioso: «Todo el mundo sabe que es más necesaria la prevención que el tratamiento, pero pocos son los que premian los actos preventi-

1. C. Sunstein, *Leyes de miedo*, Katz, Buenos Aires, 2009, p. 72.

2. J. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Routledge, Nueva York, 2003, p. 262.

3. C. Achen y L. Bartels, *Democracy for Realists*, Princeton UP, Princeton, 2016.

4. *The Economist*, 2 de mayo de 2012.

vos». <sup>5</sup> Un campo abonado para desatar todas las fantasías de aquellos que crecieron dando por buena la consigna de que todo es posible. El hambre y las ganas de comer.

En esta introducción voy a inventariar algunas señales de esa mentalidad y sus expresiones políticas más características. Anticipo mi diagnóstico: la izquierda se ha alejado de los puntos de vista ilustrados para recalar en otros característicos del pensamiento conservador. De hecho, en más de una ocasión se ha acabado por defender tesis estrictamente contradictorias con las que dotaron de identidad a la izquierda. Al final, esbozaré un esquema elemental de la racionalidad política, sus obligados ámbitos de reflexión. En ese esquema quisieran situarse las reflexiones recogidas en este libro.

#### LA MIRADA ADOLESCENTE

Los indicios de la adolescencia de la izquierda reaccionaria abundan. Algunos son puramente psicológicos, aunque significativos en su transparencia. Sucede, por ejemplo, con el espectáculo de esos activistas políticos que, a la vez que proclaman su autenticidad moral, llegada la hora de defender en serio sus actuaciones ante periodistas o jueces no dudan en excusarse de su radicalismo recurriendo al repertorio de colegial pillado en falso: «Yo era muy joven cuando lo hice», «no lo pensaba en realidad», «solo quería provocar». Al leer esas declaraciones, resulta casi inevitable acordarse de las palabras pronunciadas por Eugen Leviné el 5 de julio de 1919 ante el tribunal que lo condenaba a muerte, después de que, sin compartirla, hubiese asumido la decisión de sus compañeros de la Liga Espartaquista y encabezado el levantamiento de Múnich que proclamaba la República Socialista de Baviera:

5. N. Taleb, *El cisne negro*, Paidós, Barcelona, 2011, p. 32.

Nosotros, los comunistas, somos todos cadáveres de permiso. Soy plenamente consciente de ello. No sé si prolongaréis mi permiso o si tendré que unirme a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. En cualquier caso, espero vuestro dictamen con compostura y serenidad. Sea cual sea, no se pueden detener los acontecimientos. [...] Pronunciad el veredicto si lo creéis justo. Solo he luchado por frustrar vuestro intento de manchar mi actividad política, el nombre de la República Soviética a la que tan íntimamente unido me siento y el buen nombre de los trabajadores de Múnich. Larga vida a la Revolución Comunista Mundial.<sup>6</sup>

Desde luego, se trataba de otro mundo, bien ajeno al de nuestra izquierda. Adulto. Intranquiliza la diferencia. La irresponsabilidad, la incapacidad para aceptar las consecuencias de las propias decisiones, invita a pensar que algunos no se toman en serio no ya a ellos mismos, sino la causa que dicen suscribir y de la que prescinden sin rubor ante las menores dificultades.

Cabría, si se quiere ser piadoso, cierta justificación del infantilismo. La infancia, al menos en nuestro mundo, es un tiempo sin dilemas ni responsabilidades. Todo parece posible. En ese sentido, la pueril convicción de que basta pedir para conseguir, que nutría los lemas de Mayo, podría encontrar cierto anclaje —paradójico, como explicaré más adelante— en algunas tesis de la izquierda de siempre, en particular en el supuesto, caro a la Ilustración y al optimismo burgués del XIX, de un ineluctable progreso moral vinculado a la abundancia de recursos o, en su versión marxista, a la hipótesis del crecimiento ilimitado de las fuerzas productivas: el inexorable mecanismo de la historia nos conduce al paraíso, a una sociedad sin restricciones. Si hay de todo para todos, no debemos renunciar a nada. No hay por qué preocuparse ni en precisar qué se quiere ni en cómo se consigue, ni en el diseño de las

6. <https://libcom.org/history/last-words-eugen-levin%C3%A9>.

instituciones ni en cómo traerlas al mundo. En Jauja no hay prioridades ni criterios de distribución. La vida, como un supermercado con infinitos bienes: no importa que tú tengas un yate y yo no; si yo quisiera, también podría tenerlo, que sobran. No habría lugar para la envidia ni para los sentimientos de injusticia, desprovistos de todo sentido. Basta con pedir, que se nos dará. La injusticia distributiva sería un imposible metafísico. Cualquier cosa es posible. El optimismo de la mano de la dejación de la política racional.

Sin duda, resulta un tanto paradójico que el supuesto de la abundancia, razonable para los testigos deslumbrados del naciente capitalismo, porque así eran las cosas, pueda hoy estar en el origen del irracionalismo, de ese no querer enterarse de cómo son las cosas.<sup>7</sup> Y sí, hay paradoja, pero no incompatibilidad. Es más, como se verá posteriormente, el mismo afán racionalista de los viejos socialistas, y hasta su optimismo, nos impone hoy la necesidad de pensar las intervenciones políticas, de comportarnos como adultos. El compromiso último, el importante, no es con las propuestas o con las tesis, sino con la razón, esa misma que obliga a revisar las tesis y las propuestas.

7. Incluso se podría hablar de una metaparadoja: la resistencia a mirar los datos (y a reconocer las bondades siquiera circunstanciales de la expansión capitalista) ha arrastrado a ignorar información que podía avalar el optimismo asociado a la hipótesis de la abundancia. Porque es indiscutible que la humanidad está hoy mejor que hace un siglo: S. Pinker, *Los ángeles que llevamos dentro*, Paidós, Barcelona, 2012; J. Norberg, *Progress: Ten Reasons to Look Forward to the Future*, OneWorld, Londres, 2016; K. Llaneras, «Nueve gráficos sobre el progreso del mundo», *Politikon*, 27 de diciembre de 2013; Max Roser, «The short history of global living conditions and why it matters that we know it», [ourworldindata.org](http://ourworldindata.org), 2017. Y a esa literatura habría que añadir la que ha servido para nutrir la parte no fantasiosa del posthumanismo. Pero, incluso si se confirman las versiones más optimistas —que se diría que no son las más sensatas— sobre la Inteligencia Artificial, no parece que, en ningún escenario previsible, desaparezcan los retos asociados a las restricciones de recursos.